

á ser nombrado Presidente de la República no aceptaría este encargo honroso sino con el propósito firme de consolidar en Francia la libertad, y, como garantía de la libertad, la forma presente de su Gobierno.

Excuso hacer comentarios sobre estas dos declaraciones, que están comentadas por sí mismas: lo único que me propongo observar es que los republicanos ardientes no miran esta candidatura con enojo, y que si la combaten para conservar incólume su bandera, en donde no puede escribirse sin mengua el nombre de un Borbón, la combaten con una mesura que no se aviene bien con la ferocidad de sus instintos ni con lo destemplado de sus pasiones.

Entretanto, la prensa inglesa está unánime en condenar dura y amargamente la candidatura de Joinville; y por lo que hace á la francesa, si se exceptúan los pocos periódicos que reciben las inspiraciones de M. Thiers, y los republicanos, que la combaten de mala gana, todos los otros la denuncian como el aborto de una intriga, ó como el síntoma de turbulencias y catástrofes. *L'Univers* ha publicado un notabilísimo artículo sobre esta materia; *El Constitucional* publicó otro fulminante, y *El Diario de los Debates*, que había comenzado por declararse por esta candidatura con mayor entusiasmo del que acostumbra á poner en intereses tan altos y en cuestiones tan delicadas, ha aflojado de súbito, aparentando creer que á la hora presente no es todavía aquella una candidatura sujeta á discusión, sino una candidatura posible, que por su parte no desea.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 15 de Septiembre de 1851.

Muy señor mío: La situación política es hoy, con corta diferencia, la misma que quince días ha. Hay menos temores de golpe de Estado porque por parte de los depositarios de la autoridad hay mayor confianza en la victoria. Los personajes inquietos que han dado al público la candidatura del príncipe de Joinville se remueven ahora como antes y como siempre; la opinión pública, sin embargo, les abandona poco á poco, dejándolos entregados á sus insensatos proyectos y á sus estériles agitaciones.

No quiero decir con esto que la candidatura orleanista no sea ya un peligro grave; quiero decir solamente que el peligro no ofrece hoy día una gravedad igual á la que ha podido ofrecer durante el mes último. Por lo demás, nada prueba que la augusta familia de Claremont esté inclinada á abandonar ese sistema expectante, que hasta cierto punto ha menoscabado su honra, por sus visibles transparencias. Los Príncipes siguen siendo los servidores de la Francia; la Francia sigue siendo el ídolo de los Príncipes, prontos, como siempre, á sacrificar sus vidas, si necesario fuere, en sus altares. Los augustos huéspedes de Claremont olvidan sólo una cosa: que no es á los Príncipes de la sangre real, sino al Rey, al que se concede el insigne privilegio de darse en sacrificio por su patria, y á los Príncipes no corresponde otra cosa sino darse en sacrificio por el Rey.

Esta á lo menos era la moral de otros tiempos, cuando las familias, como los Estados, y sobre todo las familias reales,

vivían sometidas voluntaria y dichosamente al yugo de la disciplina cristiana. Por lo demás, hablar de Príncipes, de Reyes y de familias reales es aquí hablar de tiempos pasados, porque nada de eso puede existir ni existe en la Francia de nuestros días. Este pueblo, como ya he manifestado á Ud. otras veces, ha perdido absolutamente el rastro de sus antiguas tradiciones: los catorce siglos gloriosos que componen y llenan sus anales, no han dejado huella de sí en su memoria; la Francia, para los franceses de hoy, no comienza sino en 1789, año natalicio de la Revolución y cabo de año de la Monarquía. Este es el primer espectáculo, á que asiste el mundo, de un pueblo que se hace de súbito completamente desmemoriado: las generaciones que le han visto entrar en el mar sin fondo de la República, no le verán salir del mar sin fondo en donde ha entrado.

Volviendo á la candidatura del príncipe de Joinville, no hay duda que aún puede ganar el terreno que ha perdido si se verifica un suceso que á los ojos de todos es posible, y á los de algunos probable. M. Creton presentó, hace meses, en la Asamblea una proposición que, convertida en ley, sería la abrogación pura y simple de la que destierra á la familia de Orleans del territorio de Francia; esa proposición puede y va á ser ciertamente renovada por su autor, ó por otro que la adopte como suya, en una de las primeras sesiones que, concluido el tiempo de vacación, celebre la Asamblea. Apoyada la primera vez por los orleanistas puros y combatida abiertamente por los republicanos, fué desechada por la oposición que levantaron contra ella todos los legitimistas. Témesese ahora, y con razón, que los republicanos, que la combatieron antes, ó no la combatan ya, ó la apoyen decididamente, en cuyo caso es indudable que reuniría la mayoría necesaria.

La entrada en Francia de la familia de Orleans podría cambiar, y cambiaría sin duda ninguna, el semblante de las cosas. La posibilidad de que este suceso se realice me pone en el caso de contar con esta eventualidad y de no poner tan pronto en olvido esta candidatura, que parece muerta, y que pudiera le-

vantarse más vigorosa que nunca por no estar sino amortiguada.

Cualquiera que sea la secreta intención del príncipe de Joinville; cualquiera que sea la esperanza secretísima de la duquesa de Orleans, si esa esperanza y si esa intención no tienen por objeto la consolidación de la República, no son más sino engañosas ilusiones; porque ninguna otra cosa puede resultar de la candidatura del Príncipe sino la renuncia definitiva de todo género de restauración monárquica, y hasta la definitiva pérdida de su principado. En vano creerá la familia de Orleans tener en su mano á la República: la República no cabe en mano ninguna de hombre; y, al revés, la República será la que tenga en su mano á esa familia, que no habrá ganado más sino convertirse de desterrada en prisionera; sospechosa al partido del orden, sin cuyo apoyo habría alcanzado el triunfo; sospechosa á la Revolución en calidad de familia borbónica, contra la cual ha hecho la Revolución el juramento de Aníbal, y que sólo para derrocarla al abismo puede ponerla en la cumbre; esta familia desdichada apuraría hasta las heces el cáliz del infortunio.

Su aparición al frente de la Francia sería, por otra parte, la ocasión de universales inquietudes y de graves disturbios en Europa. La Presidencia del príncipe de Joinville sería, á los ojos de las Monarquías continentales, un escándalo; á los ojos de la Inglaterra, un insulto y una amenaza. Usted no puede ignorar, y en todo caso debe tenerlo muy en cuenta, que el príncipe de Joinville escribió en 1840 un opúsculo, ahora olvidado, famoso entonces, destinado á demostrar que un desembarco en Inglaterra, que sería una cosa provechosa, era una cosa posible. Este opúsculo causó en la Gran Bretaña una honda sensación, y excusado es decir que aquella nación rencorosa y altiva escribió, para no olvidarle, en su memoria el agravio. Vino más tarde la cuestión llamada de los matrimonios españoles, que fué un agravio mayor, porque el suceso fué tenido por señalada victoria; y junto todo esto, por un lado, con las rivalidades nacionales, y por otro con cuestiones

personalísimas y agrias entre el Ministro más influyente del Reino Unido y el Rey de los franceses, vinieron ambas naciones á punto de rompimiento; rompimiento que hubiera sido difícil evitar si no se hubiera interpuesto violentamente entre ambas, y si no hubiera ahogado sus quejas con sus estruendos, la Revolución vencedora.

Refugiada en Inglaterra la familia de Orleans, fué recibida con una frialdad ceremoniosa; herida en lo más vivo de su dignidad y de su orgullo, se retrajo de toda especie de comercio con la familia real y con la aristocracia inglesa. Los Príncipes, de suyo expansivos y ardorosos, se vieron reducidos de repente á una completa inacción, y, lo que es más, á una soledad completa, viéndose obligados á contener dolorosamente en el pecho toda su expansión y todos sus ardores. El pan del destierro les ha sido amargo, amarguísimo; todo él se ha empapado con sus lágrimas. La prosperidad creciente de Inglaterra era para ellos cosa intolerable cuando volvían los ojos á la postración de la Francia. Salir, salir de allí por cualquier medio; entrar, entrar, en Francia á cualquier costa; morir aquí á manos de la Revolución más bien que acabar allí á manos del tedio; ser más bien republicanos aceptados por el pueblo francés que Príncipes desdeñados por la altivez británica; éste ha sido su ensueño perpetuo todas las noches, y su idea fija todos los días.

Este es el secreto, el gran secreto de la candidatura del príncipe de Joinville; secreto que ilumina lo futuro como ilumina lo presente, y que, en lo presente como en lo futuro, no ilumina sino desastres. Lo que sería el triunfo de Joinville para la Inglaterra, nación implacable en sus rencores, lo dice ya y lo declara la prensa toda del lado allá del Canal, exclusivamente ocupada en derramar á manos llenas el insulto y el baldón sobre la frente abatida y tristemente humillada de sus desgraciados huéspedes. El triunfo de esa candidatura, si esa candidatura pudiera triunfar, sería para la Francia la señal de nuevos y más terribles incendios, atizados por la mano incendiaria

de la Inglaterra. Y dejo á Ud. calcular cuál sería la influencia de tan gran suceso en los destinos futuros de la Europa.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 1.º Octubre de 1851.

Muy señor mío: La situación, á medida que van pasando los días, se hace aquí más confusa y más peligrosa. Las disidencias entre los partidos son cada día más hondas; la disolución interior de todos y de cada uno de ellos, más rápida y más visible: la desconfianza en sus propias fuerzas es un síntoma común á todos, y todos han perdido ya hasta la fe en sus doctrinas. Los que se dan á sí propios el nombre de hombres de Estado no son sino intrigantes, y nada hay tan digno de admiración, y aun puede decirse de espanto, como el espectáculo que ofrece esta sociedad, suma de todas las contradicciones posibles; nada iguala en ella la pequeñez de las intrigas sino la grandeza de las catástrofes, como si Dios quisiera demostrar á las gentes que las últimas son obra suya, y las primeras de los hombres.

Ya he dicho á Ud. otras veces cómo y por qué se habían ido disolviendo todos los partidos monárquicos, hasta el punto de formar un gran vacío entre la Revolución y el Presidente. El interés supremo consiste hoy en la lucha entre estas dos fuerzas sociales. Si tiene Ud. presentes mis anteriores cartas, verá que mi opinión invariable en este punto ha sido siempre que el tiempo trabajaba por cuenta de la Revolución, y que el Presidente no podría salir vencedor de la acción revolucionaria del tiempo sino por medio de una invencible osadía. El intento

de reformar la Constitución legal y pacíficamente, me pareció siempre vano: las obras que levanta la Revolución no han caído nunca, ni caerán jamás sino á impulsos de la fuerza.

Ello es verdad que desde hace un mes, y aunque nadie hasta ahora lo ha dicho, el Presidente piensa en un golpe de Estado; el público guardó silencio, por ignorarlo, cuando ese pensamiento existía, y apenas ha dejado de existir cuando ha llenado los aires de rumores. La verdad es que hubo ese pensamiento cuando el público estaba ocupado en otras cosas, y que cuando el público comenzó á ocuparse de él era ya un pensamiento abandonado.

El Presidente no ha retrocedido por falta de valor personal, sino por falta de auxiliares. Consultado el general Magnan, que manda la guarnición de París, contestó que no respondía de las tropas de su mando; consultados los Ministros más aficionados al Presidente, le negaron su cooperación en cosa tan grave. Grande sería el error de Ud. si creyera que esta conducta tiene su origen en el amor santo de la legalidad, que, considerada en sí misma, es una cosa santa y augusta; la explicación de este fenómeno está en la vileza de las almas, que en esta sociedad es tal que hace imposible todo esfuerzo heroico en el camino del bien como en el camino del mal, y que imposibilita el crimen como la virtud si tiene algo de extraordinario y de grande ¹. Los franceses, amigo mío, saben muy bien que es forzoso morir, y se van resignando á la muerte; la única plegaria que dirigen á Dios, es la de morir tranquilos. Yo dudo mucho que Dios oiga su plegaria.

Sea de esto, empero, lo que quiera, el hecho es que por ahora se ha hecho de todo punto imposible un golpe de Estado. Ahora bien: cuanto más se retrasa tanto más se imposibilita este golpe y llegará un día, y ese día no está lejos, en que pensar en él sea, no sólo imprudencia, sino también locura.

¹ Hablando con la sencillez de la verdad, ni puede hallarse al heroísmo en el camino del mal, ni hay en ningún crimen verdadera grandeza. De seguro lo debía de entender así la clara inteligencia del ilustre Donoso; pero nunca es ocioso declararlo.—
(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Siendo éste el estado de las cosas, es claro que, eclipsada ya la estrella de todos y de cada uno de los partidos conservadores, comienza ahora el eclipse de la estrella del Presidente; de donde va á resultar lo que yo he temido desde el principio, y lo que no he dejado de temer: que la Revolución resplandecerá al fin sola en el firmamento de la Francia.

La reunión de la Asamblea Nacional en los primeros días de Noviembre, acelerará la explosión de las catástrofes que se acercan. Lo probable es que el Presidente dirija á la Asamblea un Manifiesto, reducido á decir que él no puede salvar la sociedad y que la Asamblea la salve: lo probable es que la Asamblea, para salvarla, se ocupará de la cuestión ardentísima del alzamiento del destierro de la familia de Orleans; de la cuestión insoluble de la revisión de la Constitución; de la ley de 31 de Mayo, que lleva escondida la guerra civil, y del modo, tiempo y forma en que ha de ser elegida la futura Asamblea, que no será elegida, ni en la forma, ni en el tiempo, ni en el modo, ni de la manera que la presente tenga á bien decretar, sino como otra potestad más alta, que dirige hoy palpable y visiblemente las cosas del mundo, tiene ya decretado.

Usted, con su sagacidad habitual, adivinará fácilmente lo que puede resultar, y lo que resultará de seguro, de discusiones de esta naturaleza. Cada una de las cuestiones arriba mencionadas es una prenda de concordia que envía el partido del orden al campamento republicano y una manzana de discordia que envía Dios al campamento del orden. En efecto, no hay quizá cuestión ninguna, de las que la Asamblea va á poner á la orden del día de sus discusiones, en que los pareceres de los que ocupan la cresta de la Montaña no estén conformes y los de los demás de todo punto divididos; de donde resultará forzosamente una mayor unión de los partidos socialistas y una disolución más acelerada de los partidos monárquicos. Abandono á Ud. el cuidado de sacar las consecuencias de este estado de cosas.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.,— JUAN DONOSO CORTÉS.